

## VI

### Eureka

Esta vez, ya porque la gasconada pareciese al barón demasiado fuerte, ya que no la hubiese oído, ya, en fin, porque habiéndola oído no le pesase despejar la casa de su extraño huésped, ello es que siguió á Andrea con la vista hasta que hubo desaparecido, y luego que el ruido de su clave le hubo asegurado de que estaba ocupada en la habitación inmediata, ofreció á Bálamo hacerle conducir hasta la ciudad próxima.

— Tengo, le dijo, un mal caballo que reventará quizás, pero que llegará allá, y estaréis seguro de acostaros cómodamente. Y no porque falten una habitación y una cama en Taverney, pero yo entiendo la hospitalidad á mi modo. *Bien, ó nada*, tal es mi divisa.

— Me despedís según eso, dijo Bálamo ocultando bajo una sonrisa la contrariedad que experimentaba. Eso es decirme que soy importuno.

— ¡No, por Dios! es trataros como amigo, mi amado huésped. Alojaros aquí sería, por el contrario, quereros mal. Siento que digáis tal cosa, yo lo hago porque así me lo dicta mi conciencia, porque en verdad me agradáis mucho.

— Pues si os agrado, no me obliguéis á irme y á correr á caballo, cuando estando aquí podría extender

mis brazos y desentumir mis piernas en una cama. No exageréis vuestra medianía, si no queréis que crea me tenéis mala voluntad.

— ¡Oh! si es así, le dijo el barón, dormiréis en el castillo; y luego, buscando á La Brie con la vista, y distinguiéndolo en un rincón; — ven acá, viejo malvado, le gritó,

La Brie dió tímidamente algunos pasos.

— Avanza más, diablo; ¿ crees que estará presentable la sala roja ?

— Cierto que sí, señor, puesto que es la del Sr. Felipe cuando viene á Taverney.

— Puede estar muy bien para un pobre diablo de teniente, que viene á pasar tres meses en casa de un padre arruinado, y muy mal para un rico caballero que corre la posta con cuatro caballos.

— Os aseguro, señor barón, dijo Bálamo, que estará perfectamente.

El barón hizo un gesto que quería decir: bueno es esto: yo sé cómo está.

Y luego en voz alta:

— Pon la sala roja á disposición de este caballero, pues quiere absolutamente curarse del deseo de volver á Taverney. ¿ Insistís en dormir aquí ?

— Sí, ciertamente.

— Sin embargo, habría un medio.

— ¿ Para qué ?

— Para que hicieseis el camino á caballo.

— ¿ Qué camino ?

— El que conduce de aquí á Bar-le-Duc.

Bálamo esperó á que explanase la proposición.

— ¿ Son caballos de posta los que han traído vuestro carruaje ?

— Sin duda, á menos que haya sido Satanás.

— Desde luego me ocurrió que sí podría ser, porque no os creo muy mal con él.

— Me honráis infinitamente más de lo que merezco.

— Pues bueno, los caballos que han traído el carruaje pueden llevarlo.

— No tal: pues no quedan más que dos de cuatro que eran. El carruaje es pesado y los caballos deben dormir.

— Todavía una razón más. ¿Decididamente queréis pasar aquí la noche?

— Hoy sí, para volveros á ver mañana y manifestaros mi reconocimiento.

— Tenéis un medio muy sencillo de hacerlo.

— ¿Cuál?

— Pues que tan bien estáis con el diablo, pedidle que me haga encontrar la piedra filosofal.

— Si tenéis mucho empeño, señor barón.....

— ¡La piedra filosofal! vaya si tendría.....

— Sería menester dirigiros á una persona que no es el diablo.

— ¿Quién es esa persona?

— Yo, como dijo Corneille en no sé qué comedia que me recitaba hace justamente cien años, al pasar el Puente Nuevo en París.

— ¡La Brie, viejo pícaro! gritó el barón que empezaba á juzgar peligrosa la conversación á semejante hora y con semejante hombre. Busca una bujía y alumbrá á este caballero.

La Brie se apresuró á obedecer, é interin hacia su pesquisa, casi tan difícil como encontrar la piedra filosofal, llamó á Nicole para que subiese delante é hiciese ventilar la sala roja.

Nicole dejó sola á Andrea, ó más bien Andrea quedó muy complacida de hallar esta ocasión para despedir

á su camarera, pues tenia necesidad de quedar á solas con su pensamiento.

El barón dió las buenas noches á Bálamo y se fué á acostar.

Bálamo sacó su reloj, pues recordaba la promesa que había hecho á Althotas, y había ya dos horas y media en lugar de dos que el sabio dormía. Eran treinta minutos perdidos. Preguntó, pues, á La Brie si el carruaje permanecía en el mismo sitio.

La Brie contestó que á menos que se hubiese ido solo, debía estar allí.

Bálamo se informó entonces de lo que había sido de Gilberto.

La Brie aseguró que Gilberto era un flojo que debía estar acostado hacia lo menos una hora.

Bálamo salió para ir á despertar á Althotas, después de haber estudiado la topografía del camino que conducía á la sala roja.

No había mentido Taverney relativamente á la medianía de la sala roja; su amueblado correspondía al de las otras piezas del castillo.

Una cama de roble, cuya cubierta era de viejo damasco verde, amarillento, así como las colgaduras y adornos; una mesa de encina con pies torneados; una gran chimenea de piedra, que databa del tiempo de Luis XIII, y á que el fuego podía dar una cierta suntuosidad en el invierno, pero cuya ausencia la hacia de las más tristes en el verano, sin ceniza, sin utensilios para el fuego, sin leña, pero en cambio llena de gacetas viejas; tal era el mueblaje de que Bálamo iba á ser por una noche dichoso propietario. Añadiendo á todo esto dos sillas y un armario de madera pintado de pardo con tableros labrados.

Mientras que La Brie procuraba poner un poco en orden esta habitación, ya ventilada por Nicole, que se

había retirado concluida esta operación, entraba Bál-samo en la casa, después de haber despertado á Althotas.

Llegado enfrente de la puerta de Andrea se detuvo á escuchar. Al momento que Andrea salió del comedor, conoció que escapaba de la misteriosa influencia que el extranjero ejercía sobre ella, y para combatir hasta sus pensamientos, se había puesto á tocar el clave, llegando los sonidos hasta Bál-samo á través de la puerta cerrada, quien, como hemos dicho, se había parado delante de ella.

Al cabo de un instante hizo muchos signos circulares, que pudieran tomarse por una especie de conjuro, y que lo eran sin duda, pues acometida Andrea de una nueva sensación, semejante á la primera, cesó lentamente de tocar, dejó caer inmóviles los brazos á los lados y se volvió hacia la puerta con un movimiento pausado y maquinal, semejante al de una persona que obedece á una influencia extraña y ejecuta cosas que no son efecto de su libre voluntad.

Bál-samo sonrió en las tinieblas, como si hubiese podido ver á través de la puerta.

Esto, sin duda, era lo que deseaba Bál-samo, y al parecer había adivinado que se cumpliría su deseo, porque habiendo extendido la mano izquierda y encontrado el pasamano, subió la maciza escalera que conducía á la sala roja.

Á medida que él se alejaba, se volvía Andrea hacia su clave con el mismo movimiento maquinal y lento con que la vimos volverse del lado de la puerta; de modo que al pisar Bál-samo el último escalón, volvió á oír las primeras notas de la interrumpida música.

Bál-samo entró en la sala roja y despidió á La Brie.

Este era de seguro un buen criado acostumbrado á

obedecer á un gesto. Con todo, después de haber hecho un movimiento, se detuvo.

— ¿Y bien? preguntó Bál-samo.

La Brie deslizó la mano en el bolsillo de su vestido, y pareció que palpaba algo en lo más hondo de él; pero no respondió.

— ¿Tenéis algo que decirme, amigo mío? preguntó Bál-samo acercándosele.

La Brie pareció ejecutar un violento esfuerzo sobre sí mismo, y sacando la mano del bolsillo:

— Quiero deciros, caballero, que sin duda os habéis engañado esta noche, respondió.

— ¿Yo? dijo Bál-samo; ¿y en qué, amigo mío?

— En que habéis creído darme una moneda de veinticuatro sueldos, y me habéis dado una de veinte y cuarto libras. Y abrió su mano dejando ver un luis nuevo y brillante.

Bál-samo miró al viejo criado con un sentimiento de admiración, que parecía indicar que comunmente no tenía formado grande idea respecto de la probidad de los hombres.

— *And honest!* dijo como Hamlet.

Y buscando á su vez en su bolsillo, puso un segundo luis al lado del primero.

No puede concebirse la alegría de La Brie á vista de esta espléndida generosidad. Hacía veinticinco años que no veía el oro, y fué menester que Bál-samo le cogiese la mano y se la llevase al bolsillo, para que se creyese dueño de semejante tesoro.

Saludó hasta el suelo, y se retiraba andando hacia atrás cuando Bál-samo le detuvo.

— ¿Qué costumbres hay por las mañanas en el castillo?

— M. de Taverney permanece en la cama hasta tarde; pero la señorita Andrea se levanta temprano.

- ¿ A qué hora ?  
 — Á eso de las seis.  
 — ¿ Quién duerme encima de esta sala ?  
 — Yo, señor.  
 — ¿ Y debajo ?  
 — Nadie. Es el vestíbulo el que da debajo de esta sala.  
 — Bien está, gracias, amigo mío; retiraos.  
 — Buenas noches, señor.  
 — Buenas noches. Á propósito, cuidad de que mi carruaje esté en seguridad.  
 — ¡ Oh ! su señoría puede estar tranquilo.  
 — Si oís en él algún ruido ó veis luz, no os asustéis, pues está habitado por un criado viejo y baldado que llevo conmigo, y que ocupa el fondo de la carroza. Encargad á M. Gilberto no le moleste; y suplicadle que no se aleje mañana sin que yo le haya hablado. ¿ Os acordaréis bien de todo esto, amigo mío ?  
 — Sí, ciertamente. ¿ Pero nos dejará el señor tan pronto ?  
 — Es según, dijo Bálsamo sonriendo. Con todo, lo mejor sería que yo estuviese en Bar-le-Duc mañana por la tarde.

La Brie lanzó un suspiro de resignación, echó una última mirada al lecho, y arrimó la bujía al fuego para calentar un poco aquella grande y húmeda habitación, quemando los papeles á falta de leña.

Pero Bálsamo le detuvo.

— No, le dijo, dejad quietos todos esos viejos diarios; si no duermo, me entretendré en leerlos.

La Brie se inclinó y salió.

Bálsamo se arrimó á la puerta, escuchó los pasos del viejo criado sonar á su vez en la escalera, oyéndose bien pronto por cima de su cabeza, señal de que La Brie estaba en su cuarto.

Entonces el barón se dirigió á la ventana, enfrente de la cual, en la otra ala del pabellón, se veía una pequeña bohardilla con las cortinas mal corridas; esta habitación era la de Legay. La joven desataba lentamente su ropa y su pañuelo, abriendo á menudo la ventana y asomándose á mirar al patio.

Bálsamo la miró con una atención que sin duda no había querido concederle durante la comida.

— ¡ Extraña semejanza ! murmuró.

En este momento se apagó la luz de la bohardilla, no obstante no estar acostada la que la habitaba. Bálsamo permaneció apoyado en la pared.

El clave seguía oyéndose.

El barón pareció escuchar si se mezclaba algún otro ruido al del instrumento... y cuando se hubo asegurado bien de que sólo la armonía velaba en el silencio general, abrió su puerta, que dejó cerrada La Brie, bajó la escalera y empujó suavemente la puerta, que giró sin hacer ruido sobre sus goznes usados.

Andrea nada oyó.

Paseaba sus hermosas manos de un blanco mate sobre el amarillo marfil del instrumento; enfrente había un espejo incrustado en un marco tallado, cuyo dorado, caído en mil partes, había desaparecido bajo una capa de color gris.

La joven tocaba un aire melancólico. Y más bien eran meros acordes que una composición. Sin duda improvisaba y repasaba en su clave los recuerdos de su pensamiento, ó los sueños de su imaginación. Acaso su espíritu, entristecido por la morada de Taverney, dejaba momentáneamente el castillo para ir á perderse en los inmensos y sombríos jardines de la Anunciación de Nancy, tan poblados de alegres pensionistas.

Sea lo que fuese, en aquel momento su mirada vaga y semivelada se perdió en el sombrío espejo colocado

delante de ella y que reflejaba las tinieblas que no alcanzaba á desterrar en el fondo de aquella gran pieza la luz de la sola bujía que, colocada sobre el piano, alumbraba el papel de música.

Á veces se paraba de pronto, y era que recordaba la extraña visión de la velada y las impresiones desconocidas que habían sido su consecuencia, con lo cual, antes que su pensamiento se hubiese fijado en nada respecto de esto, su corazón había ya latido, y un calor frío había recorrido sus miembros, y estremecíase, sola como estaba, cual si el contacto de un ser animado viniese á rozarla ligeramente y á conmoverla.

De repente, y cuando procuraba darse cuenta de sus extrañas impresiones, experimentólas de nuevo. Estremecióse toda como sacudida por una conmoción eléctrica. Las miradas adquirieron claridad, su pensamiento se solidificó, por decirlo así, y percibió en el espejo á manera de un movimiento.

Era la puerta del salón que se abría sin ruido.

Detrás de esta puerta apareció un hombre.

Andrea se estremeció, y sus dedos quedaron perdidos sobre las teclas.

Nada, sin embargo, era más natural que esta aparición.

¿No podía ser esta sombra... imposible aun de reconocer y sumergida como estaba en las tinieblas, la de M. de Taverney ó la de Nicole? ¿no podía La Brie antes de acostarse andar por las habitaciones ó entrar en el salón para alguna cosa? Esto sucedía con mucha frecuencia, y el discreto criado jamás hacía ruido en esta especie de excursiones.

Pero la joven veía con los ojos del alma que no era ninguno de los tres personajes que acabamos de nombrar.

La sombra se acercó con un paso sordo, haciéndose

distinguir cada vez más en medio de las tinieblas.

Llegado al círculo donde la luz alcanzaba, reconoció Andrea al extranjero tan espantoso con su rostro pálido y su levita de terciopelo negro.

Sin duda se había quitado por algún motivo misterioso el vestido de seda que llevaba.

Ella quiso levantarse y gritar, pero Bálsamo extendió los brazos adelante y no se movió.

Haciendo un esfuerzo :

— ¡ Caballero, dijo, caballero!... En nombre del cielo, ¿ qué queréis ?

Bálsamo se sonrió, repitiendo el espejo esta expresión de su fisonomía, que Andrea absorbió con avidez, pero él no respondió.

Andrea intentó de nuevo levantarse, pero no pudo conseguirlo; una fuerza invencible, un entorpecimiento que no carecía de encanto, teníanla clavada en su sillón, mientras que su mirada estaba fija en el mágico espejo.

Esta sensación nueva la espantó, porque se sentía enteramente á disposición de aquel hombre, y aquel era desconocido.

Hizo un esfuerzo sobrehumano para pedir socorro : abrióse su boca ; pero Bálsamo extendió sus manos por cima de la cabeza de la joven, y ningún sonido salió de su boca.

Andrea quedó muda : apoderóse de su pecho una especie de calor narcótico, que subió lentamente á su cabeza, extendiéndose é invadiéndola toda como una nube de vapor.

La joven no tenía ya ni fuerza ni voluntad, y dejó caer la cabeza hacia la espalda.

En este momento parecióle á Bálsamo oír un ligero ruido del lado de la ventana, y volviéndose velozmente

creyó ver alejarse exteriormente del cristal el rostro de un hombre.

Frunció el ceño, y, cosa extraña la misma impresión pareció reflejarse en el semblante de la joven.

Volvióse entonces del lado de ésta y bajó las dos manos que había tenido alzadas constantemente sobre su cabeza; las volvió á subir de un modo suave, volviéndolas á bajar, y continuó durante algunos segundos dirigiendo á la joven aniquiladoras columnas de electricidad.

— ¡Dormid! dijo.

Y como ella se resistiese aun al encanto:

— ¡Dormid! repitió él con acento de dominación.  
¡Dormid! yo lo quiero.

Desde entonces todo cedió á su poderosa voluntad. Andrea apoyó el codo sobre el clave, y la cabeza sobre la mano y se durmió.

En seguida Bálsamo se retiró andando hacia atrás, tiró de la puerta tras sí, y pudo oírsele subir la escalera de madera y volver á su habitación.

Al punto que se cerró la puerta del salón, volvió á presentarse detrás de los cristales la figura que había creído entrever Bálsamo.

Esta era la de Gilberto.

## VII

### Atracción

Excluido Gilberto del salón por la inferioridad de su posición en el castillo de Taverney, no había perdido de vista en toda la noche á los personajes cuyo rango les permitió figurar en él.

Durante toda la cena había visto á Bálsamo reír y gesticular. Había notado la atención con que le honraba Andrea, la afabilidad singular del barón para con él, y la oficiosidad de La Brie. Más tarde, cuando se levantaron de la mesa, se había ocultado en un bosquecillo de lilas, temiendo que le viese Nicole al cerrar las ventanas ó al retirarse á su cuarto, y le perturbase en su investigación, ó más bien espionaje.

Nicole había en efecto practicado su ronda; pero tuvo que dejar abierto uno de los postigos del salón, cuyas visagras, medio arrancadas, no permitían á las contraventanas girar sobre sus goznes.

Gilberto conocía bien esta circunstancia, y así no había, como hemos visto, dejado su puesto, porque estaba seguro de continuar sus observaciones, luego que Legay se hubiese marchado.

Sus observaciones hemos dicho, y esta palabra parecerá acaso muy vaga al lector. Porque ¿qué observaciones podía hacer? ¿no conocía el castillo de Taverney en todas sus partes, puesto que había sido criado en él, y lo mismo y en todas sus faces á las personas